

POR JOSÉ IGNACIO GONZALEZ FAUS

Roldán, Rubio, Banesto y la Reoca

• De "VIDA NUEVA"

"El ideal de muchos parece que no es otro que el de hacerse ricos o muy ricos en poco tiempo sin ahorrar medios para conseguirlo, sin atender a otros valores, sobre todo a los aspectos éticos de la actividad económica... Nuestra sociedad está elevando a rango de "modelos" a hombres y mujeres cuya única acreditación parece ser el éxito fulgurante en el ámbito de la riqueza y del lujo... Conforme a esta mentalidad imperante, todo vale y es lícito, con tal de que sea eficaz para acumular riquezas, alcanzar el éxito individual, disfrutar de un bienestar a toda costa...: el tráfico de influencias, el mal uso del gasto público... graves y escandalosas corrupciones tales como algunas recalificaciones interesadas de terrenos, los negocios abusivos y fraudulentos derivados de tales recalificaciones... El dinero negro conseguido fraudulentamente constituye uno de los fenómenos con mayor poder corruptor en la sociedad de hoy... Se echa en falta ejemplaridad económica en las mismas esferas del poder político... Exponente de ello es la obsesión, elevada a categoría social, por un crecimiento cuantitativo que no asume los costos sociales ni se pregunta a quién perjudica y a quién beneficia... Se exalta de manera excesiva la especulación... A esto habría que añadir la injusticia social y la insolidaridad creciente, que causan desigualdades en el reparto de bienes y provoca nuevas bolsas de pobreza..."

Esta sarta de citas procede del famoso documento del episcopado

español ("La verdad os hará libres"), sobre la moralidad pública de nuestra sociedad. Alguien debería tener la nobleza de decir que, a pesar de las iras que en su momento desató, está resultando ahora profético. Precisamente porque en su momento me distancié de algunos aspectos eclesiológicos implícitos (aún reconociendo ya entonces que el documento "tiene algunos párrafos muy buenos"), me siento libre ahora para romper una lanza en su favor. Era la época en que Mario Conde declaraba públicamente que "el dinero ya no es pecado", Solchaga (supongamos que con afán de atraer capital extranjero) sostenía que España era un paraíso para enriquecerse, a Guerra se le hacía callar cuando hablaba de una "ley de hierro" para los beneficios, y Felipe González respondía a un miembro de izquierda socialista que pretender que el capital no tenga buenos beneficios es propio "de teólogos medievales". El documento episcopal fue tachado entonces de insultante, exponente del reaccionarismo eclesiástico y ajeno a la misión pastoral de la Iglesia (lo mismo que decía Franco cuando

multaba homilías)... Menos de cuatro años después, resulta que Mario ya no es tan conde, Solchaga y Felipe se lamentan de haber sufrido el mayor desengaño de su vida (aunque, muy enteros ambos, creen que un político no debe dimitir por desengaños amorosos), y la oposición insiste en que todo lo que últimamente ha aparecido no es más que "la punta del iceberg".

A lo mejor todo a la vez es cierto, y lo único que ocurre es que los obispos estaban mejor informados que los gobernantes del país. Vaya hombre. ¿Será que, contra todo pronóstico, a los obispos les informaba efectivamente el Espíritu Santo? ¿O la KGB? ¿O será que los gobernantes, de tanto afanarse por desinformar al pueblo para no perder votos, han acabado por desinformarse a sí mismos?

No lo sabemos ni los sabremos. Pero no irá mal si de todo ello el PSOE aprende una de las cosas que más imposibles le han resultado en sus doce años de mandato: ser un poco más receptivo y menos despectivo ante las críticas: ¡tanto de dentro como de fuera del partido!

SIRO, el profeta.

